

EOS

70 groups



Tomo VIII = Precio: 15 CÉNTIMOS = Cuaderno 103

Administración:
7.^a Avenida, Este, 42
San José, C. R.

EOS

Propietarios:
- Falco y Borrásé -
Apartado 638

APUNTES Y RECORTES

Inquietantes

El uso pseudo-literario que ha concedido al verbo *explotar* la absurda e impropia significación de *estallar*, que cree que *gorja* es alegría en el lenguaje clásico y que ha substituído la voz neta y castiza, como de abolengo latino, *rosario*, por la acaramelada y cursi *rosaleda*, viene, de algún tiempo a esta parte, prodigando el vocablo *inquietante*, no como participio del verbo *inquietar* aplicándolo a aquello que quita el sosiego, sino en el sentido, que no tiene, de muy atractivo y seductor. Se dice que una mujer es *inquietante* queriendo expresar que es bellísima, inteligente y apasionada; que un libro es inquietante para dar a entender que es original y fruto de una inspiración vigorosa. Otras veces se concede a la palabreja su sentido propio. Una mujer, un libro, un cuadro, son inquietantes simplemente porque desasosiegan, y se les elogia por esto mismo. Ser inquietante es alcanzar el más alto grado de perfección.

Pero si se miran las cosas con unos adarmes de serenidad, se verá que gustar del desasosiego o de la normalidad es cuestión de medula o cerebro. Ser inquietante es cosa fácil. Es tan grande el misterio que nos rodea, que nada se nos presenta tan hacedero como pulsar la tecla del sobresalto: basta producir un rumor en el seno de las tinieblas o un reflejo en la magnitud de las sombras. Nos desasosiegan la maldad, la necedad y hasta la simple impertinencia, como nos quitan la tranquilidad la pesadilla, el malestar y aun la más pequeña molestia. Inquietar a

un individuo, a una familia, a todo un pueblo, puede no ser difícil al más obtuso ganapán. Ser *aquietante*, tranquilizador, supone una mayor identificación con las leyes eternas de la mecánica y de la ideación; es el Corinto a que nunca podrán llegar sino los seres elegidos.

El temperamento burdo se complace en las sensaciones *gordas*; carece de cuerdas delicadas para apreciar y gustar lo exquisito y selecto. Así, la zafiedad y rusticidad, si es femenina, siente predilección por los trapos de colorines, las joyas relumbrantes y las aventuras cinematográficas. Una mujer llamada inquietante es una muñeca de *boulevard*, tosca, grosera y abrutada, dentro de su afectación de lenguaje de *brasserie* y de su indumentaria de maniquí de mimbres. Las mujeres superiores son las capaces de sentir el agrado de la vida doméstica, maternal, íntima, compenetradora, y las hondas satisfacciones del deber. ¡Cuántas humildes campesinas son superiores, en cuerpo y alma, y tienen un espíritu más cultivado que esas alquiladoras de caricias, que se llaman modernas porque conocen el *argot* de los camareros y los advenedizos!

El concepto meramente externo y burdamente regocijado de la vida se muestra en la delectación, en el *whiskey*, los zingaros de casaca de color de langosta cocida y el despilfarro de billetes arrugados en los *cabarets*, para conseguir emociones espasmódicas de cinco minutos. Pero cinco minutos no son el día. Luego viene el asqueamiento, la debilidad, la hostilidad huraña a lo noble, el apartamiento de lo bellamente sincero, de todo lo que no puede percibir la sensibilidad embotada.

Lo íntimo y sublime de la Naturaleza, de la vida y del pensamiento, se escapa a estos rústicos de frac y *browning*, a estas aldeanas de medias caladas y labios teñidos de bermellón, que se consideran seres superiores. ¿Superiores a qué? Ellos son los que miran con desprecio a los viejos que caminan del brazo, y exclaman: «El amor de los que pasaron de la edad, no se explica sino por la declaración de derechos pasivos».

¡Vaya usted a explicar a *Mademoiselle la fille de la*

concierge, convertida en gustadora de espárragos con mayonesa, y a *Monsieur Rasta*, que puede haber un amor que dure hasta la muerte y que embellezca las arrugas de la madre de nuestros hijos! Todo eso es música wagneriana, demasiado complicada para los oídos hechos a *couplets en lá, lá!* La mujer propia será muy buena, muy merecedora de derechos pasivos, pero no es *inquietante*.

Pero es necesario insistir; inquietante es cualquiera: el degenerado, el desventurado, el impulsivo. Nos inquieta la presencia de una epidemia, de una fiera, de una fealdad, de un desequilibrio. Nos tranquiliza la obra educadora de toda una vida; nos aquieta la sensibilidad armónica y piadosa, la percepción fina y delicada de todas las bellezas del universo, la superioridad del hombre sobre la bestia.

Y, una vez quietados, nos parece que todos los seres buenos y afectuosos tienen para el amor derechos pasivos.

ANTONIO ZOZAYA

Con motivo de la muerte del celebrado escritor francés Edmundo Rostand, reproducimos el siguiente juicio del ilustre crítico colombiano don Ricardo Sánchez, que se encubre bajo el seudónimo ya famoso de «Luis Trigueros».

Edmond Rostand

El naturalismo, con sus exageraciones y crudezas, inspirado en la fórmula de que toda obra de arte tiene necesariamente que cimentarse en la verdad, se había apoderado, a modo de señor absoluto, de las letras francesas.

Descendiente directo de Sthendal y Balzac—un fisiologista y un psicólogo—Emilio Zolá paseaba en triunfo con arrogancia de caudillo victorioso la bandera del método experimental. La imposición de esta doctrina fué precedida de una lucha desesperada y tormentosa. En el fragor de la pelea, el solitario de Medan sintió en las carnes el

colmillazo envenenado de sus impugnadores y adversarios.

Desangrado, maltrecho, mordido por el odio, escupido por la calumnia, traicionado por sus mismos discípulos—recuérdense las defecciones de León Hennique y Paul Alexis—el César de la Literatura avanzaba imperturbable, magullando con el tacón ferrado de su bota la apretada falange de enemigos que le salían al paso. La batalla estaba ganada. Sobre el campo poblado de alaridos y cubierto de muertos y contusos, brillaba el sol de la conquista. El dios Hugo con sus soberbios ditirambos y sus metáforas hinchadas, Alejandro Dumas con sus narraciones sorprendentes e inverosimilitudes monstruosas, Jorge Sand con sus delirios relatados en un estilo fácil y agradable, eran ídolos abandonados en torno de los cuales no se quemaba ya la mirra de la admiración. Edmundo Dantés, Coseta, Juan Valjean, cedían el sitio a Emma Bovary, Nana y Germinia Lacerteux. Los viejos procedimientos se relegaban al olvido. A los desbordes calenturientos de la imaginación, sucedían el espíritu científico, la observación y el análisis. En lugar de idealismo delirante, acopio de hechos: En vez del lirismo y la retórica románticos, documentos humanos. Nosotros—decía el jerarca de la novela realista—somos sabios, somos investigadores. No fundamos el interés de nuestros libros en la ingeniosidad de una fábula bien inventada según ciertas reglas convenidas. No nos inquietamos ni de la exposición, ni del nudo, ni del desenlace. No fabricamos mecanismos de acuerdo con las necesidades de un pensamiento preconcebido de antemano. Partimos del punto concreto de que la naturaleza basta. La aceptamos tal cual es, sin modificarla ni alterarla en nada: es demasiado bella, sobrado grande por sí sola. Lejos de inventar una aventura, de complicarla y buscar efectos teatrales, enjaretando escena tras escena, para llegar trabajosamente al final, tomamos simplemente de la vida la historia de un sér o de un grupo de seres e interpretamos sus acciones con fidelidad. Decíamos un alma como el químico descompone un cuerpo. Los idealistas pretenden que es preciso mentir para ser

morales. Los naturalistas afirman que no hay moralidad posible cuando se falta a la verdad.

Mas hé ahí que un día se inicia una formidable deserción hacia lo ideal. Huysman reniega y escribe «La Catedral», perfumada de incienso y llena de religiosa unción. Los adeptos de Zola siguen otro rumbo. Daudet, Maupassant, Bonnetin, cubren con un velo las antiguas desnudeces de sus heroínas. Los espíritus se han levantado sobre el suelo. La poesía toma su desquite contra las impurezas de la tierra. En la llanura de Chateaudun, en donde Francisca tirara del ronzal a la Coliche e intentara Bouteau entre los trigales satisfacer sus amores incestuosos, brota un arbusto en cuyas ramas canturrea un pájaro demulcidor y vocinglero. Es Edmundo Rostand, que aparece con «Cyrano de Bergerac». Rostand, que lanza el primer grito de rebelión, que muestra a las multitudes fatigadas por las arideces del análisis, una ceja de luz en medio del horizonte ennubecido. De aquí el éxito de ese drama mucilaginoso, que aplaudió con exceso la Francia novedosa. Víctor Hugo, en 1830, conmovió a París con el estreno de «Hernani», que fué un movimiento insurreccional contra la dictadura clásica que duró dos siglos. Como el poeta de «Los Castigos», el lírico de Cambo tuvo el talento de la oportunidad. Desde entonces la gloria le corteja con zalamerías de hetaíra. La Academia le abre sus puertas, las mismas puertas que cerró a Zola. La fama le acaricia. Los diarios más respetables publican sus menores gestos y comentan sus más mínimos deseos. Si viene una Princesa—dice Rubén Darío—es Rostand quien la saluda en verso. Melchor de Vogüe le adula. Oíd, si no:

«En pocas horas llegáis a ser rey de la escena, Emperador, Mesías, poeta universal...»

Y sin embargo, Rostand no es el más alto ingenio de la Francia contemporánea. Es un hombre de mérito relativo, que vive en el Olimpo que le ha formado la «réclame».

*

«Cyrano de Bergerac» es, pues, una regresión ines-

perada hacia el romanticismo, una escapatoria al mundo de las mentiras, de los sueños engañosos, de los mirajes fantasmagóricos, de los sentimientos anacrónicos y falsos. A «Cyano de Bergerac» puede aplicarse el juicio que a un excelente crítico francés le merece «Ruy Blas» de Víctor Hugo. Sí. «Cyano de Bergerac» es un regio brocatel, sobre el cual el autor ha bordado una urdimbre maravillosa de estrofas muelles y sonoras, sonoras y muelles aun a través del tamiz de la versión. Y ya se sabe que las traducciones, en concepto de Cervantes, son alcatifas vistas al revés. Si se examina a «Cyano» desde el punto de vista de la lógica humana, se entra en un caos de errores e inexactitudes, se cae en el abismo de la demencia lírica. ¡Palabras hipertróficas que estallan bajo la exageración barroca de la idea! Rostand carece de intensidad dramática y de fuerza creadora. Fáltale, de igual manera, el agudo escalpelo del vivisector. No hay en su espíritu ventanas abiertas a la realidad. Rostand suspira por las estrellas, bebe rocío, experimenta ternuras infinitas por las flores y por las mariposas. Es, en suma, un lírico extraviado en el torbellino de la vida actual. Rostand pasa por la escena francesa envuelto en una clámide fastuosa que él mismo se ha cortado en el tisú crujiente de la rima. Y nosotros, hijos atormentados de este siglo, quisiéramos hallar, no espectros impalpables, sino cuerpos calientes y sanguíneos bajo la sedería de las frases.

Encerrándome en la esfera del teatro español, encuentro en la Península obras que superan en mucho a «Cyano de Bergerac». «Juan José», pongo por caso. «Juan José» es una vibración del alma moderna, con sus luchas angustiosas, con sus escalofríos de voluptuosidad, con sus aullidos de rabia y de impotencia contra la actual organización de la sociedad. «Cyano» es un poema ensoñador a ratos, de argumento arcaico, en que se cubren las vaciedades del fondo, pasiones artificiales, detalles de folletín y episodios de novelón de capa y espada, con el manto de oro de una versificación cadente y armoniosa. Juan

José, Paco y Rosa existen, son seres arrancados a las entrañas palpitantes de la realidad, con los cuales nos codeamos a cada paso en el escenario de la vida. Cyrano y Roxana—al menos como los pinta el poeta dislocando la Historia—sólo han existido en la imaginación fogosa de Rostand.

*

Cyrano de Bergerac, el héroe de Rostand, no es un personaje legendario. Fué, si hemos de creer a Sainte-Beuve, un escritor de mal gusto, autor de un «Viaje fantástico a la luna», militar camorrista y pendenciero, que se hizo sospechoso de impiedad por algunos versos de «Agripina».

Molière, compañero de Cyrano en el Colegio de Gascendi, le robó no pocas escenas del «Pedante burlado». El incorregible plagiador se disculpa con esta ingeniosísima salida que refiere Auger: «Las ganancias del juego las ponen en común los escolares.»

LUIS TRIGUEROS

Creencia no confirmada

En una nota puesta al pie de nuestro artículo «Wilson y los periodistas mexicanos», dijimos: «Estos conceptos (los del Presidente Wilson citados) son una verdadera rectificación; pero la *creencia* en que la actitud del Presidente Wilson sea la del pueblo americano, y la política de aquél la que éste «desea siempre ver adoptada y seguida por su gobierno», necesita de prueba».

Pues bien! El artículo que nos permitimos reproducir, tomado de *El Nuevo Tiempo* de Bogotá, demuestra perfectamente que el pueblo americano no aprueba ni la actitud ni la política del Presidente Wilson.

La derrota de los demócratas

Del *Literary Digest*

El famoso Mensaje del Presidente Wilson en que pide al pueblo americano que abandone toda política partidarista en estos momentos de reconstrucción universal, no ha encontrado eco simpático en la generalidad del país.

Decía Mr. Wilson en su Mensaje de 25 de octubre:

«Si aprobáis mi política, si queréis que continúe en



la obra que he iniciado, os pido que enviéis una mayoría demócrata a la Cámara y al Senado».

La respuesta del pueblo americano no ha sido favorable a Mr. Wilson. Tanto la mayoría del Senado como la de la Cámara son republicanas.

Semejante resultado, aparentemente desconcertante, ha ocasionado los más diversos comentarios en la Prensa americana. El «Evening Sun» dice:

«El pueblo americano no ha elegido a los republicanos para que se venguen de los demócratas ni para que pongan trabas a Mr. Wilson. Lo ha hecho únicamente por pensar que pueden ser más eficaces y enérgicos».

Un diario republicano de Nueva York, «The Tribune», dice:

«El triunfo republicano no implica una repudiación de la política de Mr. Wilson. Es simplemente una protesta contra la demasiada influencia del Ejecutivo en el Gobierno. Es necesario que el Legislativo no pierda sus fueros».

Mr. Roosevelt dice:

«No han triunfado los republicanos. Ha triunfado el americanismo».

El «Times» de Nueva York atribuye el fracaso político de Mr. Wilson a los inmensos impuestos ocasionados por la guerra y añade:

«Poderoso sería en verdad el partido que pudiera resistir la oposición resultante de los últimos gigantescos impuestos. Hay algo más grave, empero, y ha sido la impertinencia con que Mr. Kitchin ha hablado de esos impuestos. Tratándose de sumas ingentes y de sacrificios tan grandes, hubiera sido decoroso presentar el asunto al pueblo con algún pesar. En Inglaterra, por ejemplo, siempre que se trató de establecer una contribución, Mr. Gladstone la pedía en términos tales que el Parlamento no vacilaba en concederla. Mr. Kitchin, Presidente de la Comisión de presupuestos, ha hecho todo lo contrario y ha puesto en sus discursos una insolencia que naturalmente tiene que rebelar al pueblo americano».

El «World» examinó la cuestión desde otro punto de vista:

«No tendremos más Congresos demócratas, dice, sino cuando los Estados del norte, que son la verdadera fuerza de la nación, se convenzan de que el Parlamento no será dominado por políticos meridionales, vengativos

y parroquianos que vienen a Washington a desfogar sus pasiones y apetitos con el nombre de demócratas.

En cuatro de los Estados del norte hay más demócratas verdaderos que en todo el viejo sur. Esos demócratas auténticos no pueden someterse a la jefatura de hombres sin conciencia, de demagogos que no tienen más ideal que el del interés personal.

Le quedan aún algunos días al Congreso demócrata para perfeccionar y llevar a cabo su obra. Puede persistir en la creación de leyes tendientes a acabar con los derechos de los Estados y de los individuos. Puede reafirmar su inexcusable seccionalismo en lo referente a impuestos y contribuciones. Puede desarrollar en todo sentido una política despótica e insufrible. Puede tratar al norte como en el sur trata a los desgraciados negros. Puede hacer todo lo que quiera; pero escribirá en la historia de los Estados Unidos el «Finis» del partido demócrata».

*

De todas estas opiniones nos parece cierta la de Roosevelt: «No han triunfado los republicanos. *Ha triunfado el americanismo*».

En 1917, en esta misma revista, escribimos: «La América Latina está más inclinada a creer que el pueblo americano piensa con Roosevelt cuando dice: «*No creo que éstos (los Tratados) nos perjudiquen en lo más mínimo, pues en caso que comprometieran nuestros intereses NO LES HARÍAMOS CASO*». «*Nos perjudicaríamos MORALMENTE si faltáramos a un tratado, LO QUE SERÍA EL MENOR DE LOS MALES*», más bien que con Wilson cuando declara que «*tenemos que considerar tan inviolable y suprema la más débil de las Repúblicas del Caribe como el Canadá y la Argentina*».

«*Ha triunfado el americanismo*». La América hispana, muy especialmente, debe tomar nota de esta opinión de Roosevelt. De Marzo en adelante, las generosas ideas del Presidente Wilson y sus propósitos serán rudamente contrastados en el Congreso de su patria. El *americanismo* tiene mayoría en ambas Cámaras. Virtualmente está en el poder. Y no vale pensar que, muerto Roosevelt, el *americanismo* se modificará. Roosevelt no creó el *americanismo*. Roosevelt fué producto natural de la conformación física, intelectual y moral de su país y su más genuino y concentrado exponente. La bandera del *americanismo* ha pasado a otras manos, menos brutales quizá, pero no por eso menos agresivas. La dirección del *americanismo* no cambiará de rumbo. El imperialismo alemán ha muerto; el

inglés ha reforzado formidablemente sus posiciones; el americano ha recuperado las suyas. El Senado no aprobará convenio alguno que tienda a menoscabar la libertad de acción de los Estados Unidos del Norte en la América hispana, ni a impartir justicia y reparación a cualquiera de sus Repúblicas ofendida y desmembrada por el gobierno mismo de esa nación. El *americanismo* ni satisface, ni indemniza, ni restituye. Es el *mandatario de la civilización*. Alemania, en el pináculo de su poder y de su orgullo, se negaba a satisfacer e indemnizar, pero ofrecía restituir. Desde la altura de su soberbia reconocía haber violado el derecho ajeno, forzada por la necesidad. Federico II de Prusia decía: «Cojo lo que me conviene, que no faltarán pedantes que se encarguen de probar mi derecho». «Me cogí el Istmo de Panamá y dejé que el Senado deliberara», dijo Roosevelt. Cogió lo que le convenía y halló listos los pedantes que, sin lograr ni intentar siquiera la prueba de su derecho, han mantenido y mantienen su depredación. El Gran Federico reconocía la violación del derecho ajeno, y desde la altura del suyo, que él creía divino, se mofaba de sus víctimas. Roosevelt, desde la altura en que lo colocó el *americanismo*, manchó la honra de su nación rompiendo un Tratado solemne y desmembrando un país amigo, cuya integridad territorial estaba garantizando el suyo. Murió impenitente. Jamás reconoció haber hecho mal, y el Senado de su patria se ha hecho solidario de su acción. Y con el Senado el pueblo americano que lo elige. *El americanismo ha triunfado.*

¿Cómo no alarmarse al ver al *americanismo* rooseveltiano reconquistar sus posiciones en el Congreso de los Estados Unidos de N. A.? ¿Cómo no sentirse sobrecogido ante la perspectiva de una elección presidencial, que puede llevar al poder a un hombre sin escrúpulos secundado por un Senado amoral?

Ha triunfado el americanismo. Las naciones débiles de la América hispana *deben* ponerse en guardia. El *big stick* va a entrar en juego. La cantilena de la igualdad de las naciones ante el derecho, va a ser reemplazada por la de la protección a los intereses y al comercio de los Estados Unidos. Los cantos de sirena de Mr. Wilson han concluído. ¿Que estamos equivocados y nos alarmamos sin motivo? Dios lo quiera, y desde el fondo de nuestro corazón le pedimos quererlo.

QUINTILIANO

No hay arte nacional ni ciencia nacional: el arte y la ciencia pertenecen, como toda cosa excelente, al mundo entero, y no pueden hacer progresos sino por la acción mutua, general y libre de todos los contemporáneos, junto con el estudio constante de lo que nos resta y que conocemos del pasado.

GOETHE

Anatomía Elemental del Cuerpo Humano

CAPITULO PRIMERO

PRINCIPIOS GENERALES

Cada día y durante toda su existencia, el hombre ejecuta una serie de ACTOS cuyo conjunto constituye la vida intelectual y física.

De estos actos unos son VOLUNTARIOS y otros INVOLUNTARIOS; y unos y otros resultan del *funcionamiento* de las diversas partes del cuerpo, sean los ÓRGANOS.

El conocimiento de la forma, situación, naturaleza general de estos órganos, sus relaciones recíprocas, cómo funcionan, su constitución, sus variaciones, es el objeto de la

ANATOMIA.

CONSTITUCIÓN GENERAL DEL CUERPO

Organos y funciones.—Según consideremos los órganos, así nos colocaremos en ramas especiales de la Anatomía, ramas que están íntimamente unidas. El estudio del cuerpo humano nos da ocasión para dar a esas ramas una ojeada y mostrar sus relaciones.

Varios son los órganos que componen el cuerpo, y la actividad o funcionamiento de éstos lo forman y lo mantienen.

Cada órgano desempeña una *función propia*.

Parece que las funciones no fueran numerosas; pero es que en realidad apenas tenemos conciencia de pocas; nos damos cuenta sólo de los preliminares y de los resultados, suceden inconscientemente las funciones intermediarias.

Tenemos conciencia de las *funciones generales*, que son las síntesis de las *funciones elementales*: a cada una de estas últimas corresponde un órgano.

La multiplicidad de órganos se rige por la ley, tanto biológica como sociológica, de la división del trabajo, de distribución de especialidades entre diversos obreros.

No hay función sin órgano.

Un mismo órgano no tiene más que una función.

Cuando por alguna causa la función cesa, el órgano se *atrofia*. A la inversa, si las necesidades de la existencia crean una función nueva, aparece un órgano nuevo. La supresión por un accidente o por una operación quirúrgica, de un órgano, suprime también la función.

Disposición de los órganos.—Entre el órgano y su función existe, pues, un vínculo indisoluble, por lo que encontramos en el cuerpo humano igual número de órganos que de funciones.

Unos órganos constituyen un enviguetado cubierto (huesos y músculos) en los cuales los otros están *encajados* o *acomodados*.

Los HUESOS (Del Latín *os, ossis*) son piezas sólidas, resistentes, movibles los unos sobre los otros gracias a la existencia de *charnelas* o *articulaciones*.

El enviguetado o ESQUELETO da al cuerpo su forma característica, dejándole el movimiento.

Los MÚSCULOS, órganos compuestos de *fibras* carnosas, instrumentos inmediatos del movimiento, se adhieren a los huesos, los rodean, cubren sus intervalos; al mismo tiempo que aseguran la cohesión, el equilibrio de los huesos y sus movimientos, forman la pared del cuerpo.

Esta cubierta óseo-muscular encierra, mantiene y protege todos los otros órganos: los dos pulmones, órganos de la respiración; el corazón y los vasos, órganos de la circulación de la sangre; debajo, los diversos órganos que concurren a la digestión: el estómago, el hígado, el páncreas, los intestinos; después, los riñones, la vejiga, los órganos de la reproducción; y en la caja ósea que constituye la cabeza, el cerebro, el cerebelo, el bulbo raquídeo, los órganos de los sentidos;... No se mencionan otros órganos de menor tamaño.

El cuerpo humano está, pues, constituido por una envoltura relativamente exigua, que encierra numerosas piezas, unas voluminosas, y otras muy largas. Estas piezas están colocadas las unas al lado de las otras, de tal manera que el menor espacio es utilizado; los órganos alargados se repliegan en circuitos numerosos y variados; todo se organiza siguiendo esta doble y necesaria condición, aparentemente contradictoria: *ocupar el menor lugar posible, tener la mayor superficie posible*. Ya encontraremos frecuentemente los ejemplos de esta ley.—ARADOR

(Seguirá).

Ver nota de L. D. en un cuaderno próximo.

La censura justa es uno de los medios por los cuales la opinión pública atiende a los derechos e intereses que corresponden a la comunidad. Esta censura protege el derecho público y privado, fomenta la civilización en sus formas de adelanto material e inmaterial, es freno y espuela que impulsa o contiene a los gobiernos en el carril de sus deberes, y excita en los pueblos una saludable actividad en favor de la justicia y en el ejercicio del amor patrio. Pero la censura desatentada, que persigue por «fas» y por «nefas», que interpreta malignamente los actos y las palabras más inofensivos, y que deja ver, al través de sus ímpetus y contradicciones, no la equidad y el amor patrio,

sino la aversión personal y el sistemático prurito dizque de derribar al Gobierno, esa censura no produce ningún bien y sí produce muchos males.

*

La administración de justicia es la administración de la libertad, porque es la salvaguardia del derecho.

MARCO FIDEL SUÁREZ

Esos considerandos

En La Gaceta—Diario Oficial, número 38 correspondiente al 15 de Febrero, está publicado el contrato que el señor Ministro de Fomento, con autorización del señor Presidente de la República, ha celebrado con la Central American Commercial Company de esta ciudad, y presentado a la Cámara de Diputados para su aprobación.

Por este contrato el Poder Ejecutivo «*otorga a la compañía contratante el DERECHO EXCLUSIVO de importar trigo en grano (sic) y harina en las condiciones que expresa este contrato, así como el de moler ese cereal para convertirlo en harina y sus derivados*» y «*a no cobrar a la Compañía otro impuesto directo o indirecto mayor a los ahora existentes, así nacionales como municipales*» (Art. III).

Es, pues, apenas este contrato el monopolio del pan, puesto que éste no puede fabricarse sin harina, y la importación y fabricación de ella quedan reservadas *exclusivamente* a la Central American Commercial Company. Y no sólo la fabricación de harina sino también la del pan, principal *derivado* de la harina, y aquí cabe decir que de la mano a la boca se nos ha perdido el pan.

Es inútil preguntar si, a la luz de las garantías constitucionales, puede otorgarse un privilegio semejante. Como lo sería preguntar si es permitido, a la luz del derecho natural, poner la alimentación del pueblo—o parte muy importante de ella—a merced de una compañía extranjera.

Y es inútil preguntar nada.... por razones obvias que están en la mente de todos.

Pero sí haremos notar que este contrato está en abierta y franca contradicción con todas las medidas tomadas por este mismo Gobierno contra los *acaparadores* de víveres y contra los exportadores de algunos de ellos. Y además, que los considerandos mismos de ese contrato—puesto que el contrato los tiene—son la demostración palmaria de la absoluta carencia de razones para apoyarlo. Y aunque también sea inútil, porque la Cámara de Diputados habrá resuelto a estas horas aprobarlo, vamos a examinar, siquiera sea someramente, estos insólitos considerandos:

«1°.—Que la derogatoria de la legislación existente en 1914 y que dió vida a los molinos de trigo en el país,—ha traído la desaparición total de esa industria, con consecuencias en extremo graves para la comunidad y para la economía de la Nación».

¿Cuál sería el remedio aconsejado por la lógica y el buen sentido para curar el mal de la desaparición de la industria harinera del país, mal causado por la «derogatoria de la legislación de 1914»?—Derogar la «derogatoria» y restablecer el imperio de esa «legislación» que «dió vida a los molinos de trigo».

El remedio de «otorgar como realmente se otorga, a la Compañía contratante el DERECHO EXCLUSIVO de importar trigo y harina...., así como el de moler ese cereal para convertirlo en harina y sus derivados», lejos de hacer revivir la insipiente industria harinera, le pone por 15 años una lápida sepulcral.

Es, sin duda, muy curioso prohibir—como virtualmente se prohíbe—la fundación de nuevos molinos y la importación y siembra de trigo para alimentarlos, en son de fomentar la industria harinera y el trabajo nacional. Los seis o siete molinos que creó la efímera legislación anterior, deben de estar ya—o lo estarán en breve—en poder de la flamante compañía contratante. Y, entonces, ¿para quién se siembra trigo?—¿Para un solo comprador?—

¿Después de la United Fruit C.º, la Central American Commercial C.º? Parece inconcebible.

«2.º Que paralizada la elaboración de harina en el país ha quedado como único proveedor de ese artículo un pequeño grupo del comercio importador, lo que se presta a especulaciones en perjuicio del consumidor sin provecho ni ventaja alguna para el país».

Y si habiendo «un pequeño grupo del comercio importador como único proveedor de ese artículo, esa especulación ha tomado proporciones alarmantes», reducido el grupito a un solo individuo o entidad ¿no se hace más grave el mal, no se hace el mal irremediable, puesto que es legal, por 15 años cuando menos? Entre el «pequeño grupo» puede surgir--- y en efecto ha surgido--- la competencia de precios, siempre favorable al consumidor, mientras que con la compañía monopolizadora---*único proveedor*, ahora sí---la competencia es imposible.

Por otra parte, ese pequeño grupo de comerciantes desaparecerá al abolirse la *lista negra*, y serán proveedores de harina todos los comerciantes nacionales o extranjeros que quieran serlo, como sucedía antes de 1914. Con el monopolio de la Central American C.º, la *lista negra* se extiende a todo el comercio importador de harina, por un término de 15 años. ¿Es esto remediar un mal o agravarlo?

Enumera el 4.º las «respetables» (sic) ventajas que proporcionan los molinos de trigo, las cuales serían, sin duda, muy reales, más eficaces y mucho mayores fomentando el libre establecimiento de ellos, que otorgando un PRIVILEGIO EXCLUSIVO para establecerlos e importar trigo y harina a una sola Compañía.

«5.º Que es un deber imperativo, ineludible del Gobierno poner remedio inmediato a esta situación a cuyo efecto en el contrato que en seguida se consigna, se han previsto los diversos aspectos del problema dentro del criterio que expresan las anteriores consideraciones».

El deber «imperativo, ineludible» de los gobiernos es

cumplir y hacer cumplir estrictamente la Constitución y las leyes y dar seguridad a los asociados, fundamental razón de la existencia del Estado. Contrato que suprime la libertad de comercio y de industria es contrario a las garantías constitucionales y nulo, por consiguiente, así lo apruebe por unanimidad la Cámara de Diputados.

Y también es deber imperativo e ineludible de los gobiernos no poner jamás en peligro a la Nación, y este contrato puede ser fuente de peligros. En efecto, él puede ser traspasado a una compañía americana y el país hallarse de la noche a la mañana convertido en dependencia suya. El *comisariato del pan* estaría situado en New Orleans y pronto pronto la compañía nos vendería las fichas con que deberíamos ir a comprarlo.

Y para terminar, «dentro del criterio» de los insólitos considerandos, lo que cabe es la condenación del contrato.

¡Lástima que el señor Ministro de Fomento no haya seguido en este caso el procedimiento empleado en el asunto de los árboles del Parque Central! Sin duda, hubiera recibido tan buenos consejos como los que entonces recibió y acrecido su fama de cordura por consultar la opinión y acomodarse a sus dictados. Pero quizá el señor Ministro consideró como más grave, como más trascendental la derriba de unos árboles que la supresión de la libertad de comercio y de industria, más trascendental que poner la provisión del pan del pueblo, a merced de una compañía extranjera! ¡Dichoso pueblo!

(Seguirá).

EREMITA

Acusando recibo

LA NOVELA LITERARIA, haciendo un verdadero alarde editorial, publica completas en un solo volumen dos hermosas novelas de Mauricio Barrés: «Al servicio de Alemania» y «Colette Baudoche». Son dos obras de una grande emoción dramática, intensa y profunda. La historia conmovedora de un estudiante albaniano que por no abandonar el suelo natal tiene que servir en el ejército de Alemania, y el relato tierno y doloroso de una joven corenesa que para mantenerse fiel a la memoria de sus antepasados renuncia al amor. Las dos novelas están escritas con el estilo maravillosamente literario, correcto y sereno que han hecho célebre el nombre de Barrés. Llevan un extenso prefacio de Blasco Ibáñez, estudio biográfico y crítico del autor de la obra y del alcance y bellezas literarias de estas dos novelas, las mejores de Mauricio Barrés.

«En «Al servicio de Alemania» — dice Blasco Ibáñez en su prólogo — la descripción de la montaña de Santa Odilia y del valle del Rhin es la obra de un gran pintor literario. Metz y sus alrededores viven y respiran en «Colette Baudoche» como si fuesen seres orgánicos. La ciudad y su campo son los principales personajes de la obra. La misa final resulta uno de los pasajes más conmovedores de la novela moderna. Collete es una pobre muchacha, y sin embargo, en las últimas páginas su figura es agrandada como la de un personaje de epopeya, y su acto sencillo arranca lágrimas de emoción».

*

«El emboscado», hermosa novela de Paul Margueritte.

El hombre que pretextando una enfermedad se refugia en su casa mientras que los demás arriesgan la vida y luchan en el frente para defender la patria, es el «emboscado».

Pocas novelas hay tan admirables, tan sentidas y tan conmovedoras como esta de Paul Margueritte.

Es una novela de amor y al mismo tiempo un dramático e interesante relato de la vida de París en los primeros tiempos de la guerra. El magistral estilo del autor anima personajes y lugares con una vida intensa, dando a cada momento la sensación artística

de la realidad. Hay páginas de un encanto y de una belleza verdaderamente insuperable.

Como todos los volúmenes de LA NOVELA LITERARIA, lleva un extenso prólogo de Blasco Ibáñez, director literario de esta colección, en el que aparece admirablemente destacadas la personalidad del gran novelista Paul Margueritte, su vida, sus tendencias, su obra literaria.

Estas novelas, editadas primorosamente, con retratos y autógrafos de los autores, se venden a ₡ 3.50 en la Imprenta y Librería de Falcó y Borrás.

*

«Enrique IV», de Shakespeare. Primera y segunda parte. Traducción y prólogo de Miguel Cané. Editado por «La Cultura Argentina», Buenos Aires. Precio ₡ 3.00.

«Serenamente» (poesías), de Ernesto Morales.

Es un libro que recomendamos a las personas de buen gusto, aficionadas a leer buenas poesías.

Precio ₡ 2.00.

«La Revolución», tomo I, de José Ingenieros.

Preciosa obra de Historia digno de figurar en las buenas bibliotecas. Es un libro de consulta en lo que respecta a la evolución de las ideas argentinas.

Precio ₡ 6.00.

«Nuestra América» (ensayo de Psicología social), de Carlos Octavio Bunge.

Está editado por «La Cultura Argentina», con una introducción del talentoso Dr. José Ingenieros.

Es recomendable por la diversidad de temas que desarrolla.

Precio ₡ 3.00.

«Revista de Revistas», preciosa publicación semanal que se edita en México.

Todos los libros que se anuncian en esta revista están de venta en la Librería de Falcó y Borrás.

R. F.

MARTINEZ SIERRA (GREGORIO)

Navidad, milagro en tres cuadros, p... ₡ 4.00
El diablo se ríe, p. 5.00
Aldea ilusoria, ilustrada, p..... 4.50